

BIP BIP

Susana miraba el techo del salón y se preguntaba por qué se sentía tan hostil. Su hermano pequeño veía en la tele un capítulo de Pokemon o algunas de esas series absurdas que le gustaban a él. Tenía otro hermano mayor, Fernando, y aunque a veces salían juntos porque eran de la misma pandilla, hoy también le caía fatal.

En realidad, hoy casi todo el mundo le caía fatal. Tenía sueño, le dolía la cabeza y sentía como si nadie la comprendiese en su casa. Había cumplido 16 años hacía unos días y en los últimos años había pegado un buen estirón, estilizando su cuerpo de niña y cubriéndolo de unas curvas con las que a veces se sentía extraña. Ni gorda, ni delgada, cuando se miraba al espejo, no le disgustaba lo que veía, lo cual, en plena adolescencia, ya era bastante. Tenía el pelo largo y castaño, casi cobre, ojos color miel y un montón de pecas cubrían su cara.

Ese año había sacado muy buenas notas y sus padres le habían recompensado con aquel viaje a Navalafuente, ya que su mejor amiga, Lara, veraneaba allí en una caravana que tenían en un camping. Habían ido cinco de la pandilla del barrio, y habían montado dos sencillas tiendas de campaña, una para Carlos y su hermano Fernando y otra para Alma, Lara y ella. Sólo iban a estar dos días, pero habían organizado un montón de planes: montar a caballo, ir a un teatro que hacían en el pueblo, jugar al Carcasone... A Susana el plan que más le apetecía era subir al cancho y ver la cascada, nunca había visto ninguna y sentía que esa parte infantil que aún tenía dentro la llamaba a cabalgar en un pegaso blanco por encima de la caída de agua. Tontunas que no le contaba a nadie porque a su edad ya tenía una imagen que proteger y no era plan de que los demás pensaran que aún era una cría.

Habían llegado al pueblo en el autobús de línea y el disfrute de ver cómo se alejaban de Madrid y el paisaje cambiaba de gris a verde había sido enorme. A veces alguno canturreaba una canción o conversaban de esto y aquello, haciéndose parecer más mayores de lo que eran en realidad. Para Susana aquel viaje tenía algo de especial, era la primera vez que salía unos días sin sus padres, y sentía mariposas en la barriga, grandes y ruidosos enjambres de mariposas.

El primer día lo dedicaron a montar el campamento y conocer un poco el pueblo, un lugar pintoresco de la Sierra de Madrid. Durmieron más bien poco, entre lo extraño de aquella cama construida con sacos de dormir y esterillas y las confidencias a media voz, les dieron las tantas. El sol salió temprano y cuando el camping se llenó de vida, no les quedó más remedio que levantarse.

Para ese día tenían organizado un paseo a caballo y comerían de picnic a mitad de la ruta. A Susana le encantó el plan, sus padres no eran muy dados a salir al campo y la sensación de estar en mitad de la nada sólo con su yegua y un par de bocadillos le pareció liberadora y relajante. No se podía creer estar allí, había sido un invierno muy duro: entre la semipresencialidad en el instituto, la mascarilla y no poder apenas salir con sus amigos, se había sentido como un ratón, enjaulada en una inmensa ciudad a la que apenas podía acceder. La jornada transcurrió muy rápida, llena de guasas y risas por la torpeza inicial que habían mostrado con los caballos. Aquella noche cayeron rendidos y la mañana amaneció azul y luminosa.

Tomaron un desayuno frugal y decidieron hacer la ruta de las cascadas por la mañana y por la tarde dedicarse a la piscina y a lo que surgiese.

El cancho resultó estar bastante lejos, casi tuvieron que atravesar todo el pueblo y para cuando empezaron a subir, el calor ya era patente. Tras una ascensión bastante rápida llegaron a un alto desde dónde se veía perfectamente la

caída de agua. Susana se salió del camino un instante y se sentó en una roca que sobresalía. El lugar era magnífico, lleno de vegetación con todos los tonos de verde que uno se pudiera imaginar. El sonido del agua era continuo, siempre de fondo, chocando contra las paredes de piedra y creando pequeños arcoiris a través de los rayos del sol.

Estaba tan concentrada en aquel paisaje que no notó que alguien se le sentaba al lado.

- Hola.

Le había llamado la atención que en aquel pueblo todo el mundo se saludara por la calle, se conociesen o no, así que Susana se giró y también le saludó, al principio sin darle mucha importancia, como quien saluda al taquillero de un tren, y por una segunda vez prestándole más atención.

- Hola.- Acertó a decir ella mientras pensaba que aquel era el chico más guapo que había visto en su vida.

Era moreno y se le veía fuerte, asomaban dos brazos musculados por su camiseta de manga corta y tenía los ojos marrones. Nada del otro mundo. Pero por alguna razón desconocida, todo en él le llamó la atención.

- ¡Vamos, Susi! ¡Que llevamos dos horas esperándote!- Le gritó Lara desde un poco más arriba y después fijándose en su acompañante volvió a gritar- ¡David! Pero bueno, chaval, ¿cuánto tiempo sin verte?- Antes de que el tal David contestara, una algarabía de ladridos llenó el aire- ¡Remilgo! ¡Viejo perro!

Lara bajó el pedrusco que los separaba mientras Remilgo, un viejo tekeli, la hacía todo tipo de fiestas. Cuando llegó a nuestra altura se dieron un efusivo abrazo.

- ¿Qué tal, Larita?- le preguntó él.

Su voz era aún más dulce que la de la cascada, pensó Susana mientras se hacía la distraída recogiendo su mochila del suelo.

- Muy bien, aquí pasando ya estos meses.- Remilgo no paraba de corretear a nuestro alrededor.- Han venido unos amigos a verme y estaremos por aquí unos días.

David sonrió y las miró a ambas. Finalmente, con una amplia sonrisa les comentó que esa noche se iban a juntar unos cuantos en el parque de las barras a tomar algo, y que si les apetecía ir.

- Pff, pues no sé... - Le contestó Lara- Queremos hacer tarde de piscina, pero luego se lo comento a los colegas y ya te digo, ¿vale? Oye, me alegro un montón de verte, pero nos tenemos que ir, que nos están esperando los demás arriba.

- ¡Chao, Lara! ¡Nos buscamos en estos días! - Y mirando a Susana y bajando la voz un par de tonos, continuó- Bueno, pues hasta luego, nos vemos...

Susana apenas susurró un "adiós" y con una leve sonrisa continuó camino arriba. Notaba los ojos de él clavados en su espalda y sintió cómo el corazón le latía un poco más rápido. Cuando llegó a la altura de los demás, continuó como si nada, pero no lograba quitarse la imagen de aquel chaval de la cabeza. Por fin, ya de vuelta, encontró un instante a solas para preguntarle a Lara.

- ¿David?- Preguntó su amiga con una sonrisita cómplice- Es un amigo de toda la vida, vive aquí y suelo coincidir con él en verano. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Te ha gustado o qué?

A Susana no le hizo falta contestar. Al poco se unió a la conversación Alma, y Lara les desgranó todos los detalles que sabía sobre David. Que si tenía 18 años, que el verano pasado estaba saliendo con Mónica (una chica del pueblo muy mona pero bastante insulsa), pero no sabía si seguían juntos, a Lara nunca le gustó para

él; era un chico divertido, siempre con ganas de jarana y este año empezaba la universidad, pero no sabía qué carrera iba a estudiar... Y así, un sin fin de detalles que Susana escuchó haciéndose la distraída, pero sin perder atención.

El camino de regreso al camping se les hizo duro, hacía mucho calor e iban cansados por el paseo. Se dieron un baño en la piscina, y después de comer unos restos de empanada que habían comprado el día anterior, se tumbaron cada uno a su rollo a mirar el teléfono o a dormir.

El resto de la tarde transcurrió en la piscina sin mucho más aliciente. Carlos y Fernando se tiraron mil veces a bomba y estuvieron haciendo el bruto mientras ellas escuchaban música en las toallas y miraban los últimos modelitos de Zara en el móvil.

- ¿Y esta noche qué? - preguntó Fernando cuando empezó a caer la tarde- No tenemos mucho apañón de cena y habrá que salir a comprar alguna cosa.

- También podemos pillar unas pizzas y si os apetece bajamos al pueblo y nos la tomamos en el parque.- dijo Lara- Así os presento a mis amigos de aquí, seguro que os van a caer fenomenal...

A Fernando no se le pasó por alto el guiño de ojo que le hizo a Susana mientras decía esa última frase, aunque no le importó. Le parecía un planazo. Carlos y Alma, decidieron no salir, llevaban medio enrollados unos meses y habían pasado toda la tarde lanzándose miradas furtivas en la piscina.

Estaba anocheciendo cuando Susana, Lara y Fernando llegaron al parque. Había mucha gente que saludó efusivamente a Lara, algunos jugaban animadamente al voley en una cancha de arena y otros estaban más atrás, en la hierba, con charquetas para todos los gustos. Tras una breve presentación, Lara y Fernando decidieron meterse a jugar y Susana se quedó al lado hablando con unas amigas de Lara que discutían sobre cuál de los dos hijos de Britney Spears era más guapo. Susana las escuchaba distraída, algo decepcionada, no había ni rastro de David.

La noche cayó y dieron por finalizado el partido. Fernando chocaba las manos de sus compañeros de equipo como si les conociera de toda la vida. Susana envidiaba esa cualidad suya de mostrarse tan abierto con gente a la que apenas conocía. Ella, sin embargo, era algo más retraída y siempre se sentía incómoda en ese tipo de situaciones, como si no supiera qué decir.

Alguien había llevado un altavoz bluetooth y sonaban canciones de Tupac y los Beastie Boys. Fernando y Lara bailaban animados hablando con unos y con otros, pero Susana se mostraba aún un poco tímida. Unas chicas con las que había estado hablando hacía un rato la ofrecieron una cerveza y aunque apenas había probado bebidas alcohólicas, decidió darle un tiento. Era amarga y no le gustó en exceso, pero a medida que se la tomaba, notó un ligero mareo en su cabeza. Se sentía más liviana y al ver que Lara la lanzaba una invitación con los brazos para que bailara con ella en la arena, no dudó en descalzarse y ponerse a dar saltos a su lado.

Cuando terminó la canción, Susana se giró para mirar hacia dónde había dejado sus zapatillas y entonces lo vio. Durante unos segundos se cruzaron la mirada y David aprovechó para saludarla haciendo un gesto con la mano. Ella aún se reía del final del baile que había hecho con Lara y sintió que un calor inusitado se le subía a las mejillas. No sabía cómo acercarse a hablar con él, ni siquiera les habían presentado esa mañana, así que decidió quedarse en la arena bailando, aunque de vez en cuando le buscaba con la mirada para comprobar que él tampoco la perdía de vista.

Se acercó a una nevera portátil que había en la mesa, alguien había traído helados y sentía tanto calor después de bailar que necesitaba algo fresquito. Sonaba un tema versionado de ABBA cuando por fin se encontraron

- Hola, extraña desconocida.
- Hola.
- ¿Me invitas a un helado de fresa?

Y así comenzó una noche de conversaciones infinitas y risas compartidas, de esas en las que uno casi se siente flotar. Susana había tonteado con chicos antes, pero nunca había llegado más allá, entre el confinamiento y esta realidad tan rara que se había impuesto, siempre con mascarilla y distanciamiento social, no había tenido especiales ocasiones de flirtear. Se sentía torpe e insegura, pero cuando David la invitó a irse un poco más allá, a una piedra que asomaba al otro lado del parque, se limitó a sonreír y seguirle. Sabía que su hermano Fernando la estaba mirando, pero le dio igual, había luna nueva y la noche era oscura y estrellada.

Los besos no tardaron en llegar, suaves y cálidos, desbordados como la cascada en la que se habían conocido esa mañana. Susana le preguntó en un momento determinado por la tal Mónica de la que Lara le había hablado, aquella con la que no sabía si David aún salía, pero él se limitó a susurrarle canciones de amor en el oído y a besarla con avidez contenida y compartida. Como si no hubiera nadie más en el mundo y fueran los dos únicos supervivientes de un naufragio.

Cuando Lara y Fernando se acercaron para decir que se iban, David dio dos pasos hacia atrás y se despidió de ella con un simple y tímido beso en la mejilla.

- Has sido lo mejor en mucho tiempo.- Le dijo antes de darse la vuelta y volver hacia la arena, donde sus amigos seguían bailando. Le recibieron con gritos y palmadas y Lara sintió que la despedida había sido algo rara, como si se hubiera roto toda la magia que les había acompañado hasta entonces.

Al día siguiente desmontaron las tiendas y volvieron a Madrid. Les acompañaba un sentimiento de tristeza y cansancio, habían dormido pocas horas y cada uno iba pensando en lo suyo. Susana tenía una algarabía de sentimientos encontrados dentro de ella. Había sido una noche maravillosa y desconcertante, apenas conocía a David y no sabía muy bien qué pensar.

-¿Todo bien, Susana?- le dijo Fernando llegando ya a Madrid.

-Sí.- Le contestó ella sin darle más oportunidad a seguir preguntando.

Y así, habían pasado dos días de inquietante silencio. No se habían jurado amor eterno, cierto era, y Fernando ya le había avisado de que a veces estas cosas pasan, que te enrollas con alguien una noche y luego como vino, se fue. Pero había sido la primera vez que se había sentido así de bien con un chico y además, sabía por Lara que él le había pedido su teléfono. Si lo había hecho es que tenía algún interés, ¿no? ¿O había sido todo mentira? Aquel beso en la mejilla no la dejaba pensar en otra cosa... Estaba harta de darle vueltas a la cabeza. Pikachu seguía haciendo extraños giros en la tele mientras su hermano pequeño gritaba y saltaba en el sofá. De verdad que ese día todo el mundo le caía fatal.

- ¡Se acabó la tele!- dijo su madre saliendo de la cocina- ¡Lleváis toda la tarde ahí tirados!

Subió la persiana y un rayo de sol se aventuró a entrar en el salón. "Bip, bip" sonó el móvil de Susana. En la pantalla apareció el nombre que no la dejaba dormir por las noches, y sintió, de repente, que el mundo era un lugar maravilloso, lleno de pegasos que pasaban volando idílicas cascadas.

David Navalafuente: "Hola Su! Mañana bajo a Madrid. Me invitas a un helado de fresa?"

MARUJIL